

RODOLFO JARAMILLO BARRIGA

DIARIO INEDITO DEL
ABATE MOLINA¹

HEMOS querido corresponder al gran honor que implica ser recibidos como miembro de la prestigiosa y docta Academia Chilena de Ciencias Naturales —cercana ya a su cuadragésimo aniversario— disertando sobre un tema inédito relativo al primer científico de Chile: Abate don Juan Ignacio Molina.

Fue primero, en el tiempo. Ha sido, también, el primero e indiscutiblemente el único científico chileno de actuación y renombre mundial.

Momento y lugar resultan propicios para recordarlo.

Celebramos, en este año 1965, el Sesquicentenario de la médula y culminación de la obra moliniana: el de su grandiosa concepción del evolucionismo biológico, planteada el año 1815, en la memoria de investigación titulada “Analogías menos observadas entre los tres reinos de la naturaleza”, leída en tres sesiones de la Academia de Ciencias de la Universidad de Bolonia. Concepción señera, piedra miliar, que lo hizo precursor de la que hoy constituye una ancha y nueva senda, que ya no cubre sólo lo biológico, sino trasciende al conocimiento humano todo.

Al recordar, con legítimo orgullo, que fuimos nación capaz de poner un genio científico “en órbita” mundial, a principios del siglo XIX, cabe formular una reflexión hasta ahora no expresada. La elevación de Molina al plano internacional, que tuvo su apogeo a partir de 1810, fue justamente coincidente con nuestro primer grito de libertad. Y mientras aquí se libraban, de 1815 en adelante, las decisivas batallas que asegurarían nuestra independencia política, allá lejos, en Italia,

¹Discurso de incorporación como de Ciencias Naturales.
Miembro Académico de la Academia

el sabio viejecito desterrado sostenía, solo, desigual combate —en el que había de triunfar— por la libertad de la ciencia.

Que Molina sea, por ello, doble símbolo de una futura independencia nacional: de la independencia científica y de la independencia del pensamiento chileno.

Lugar propicio éste, para recordar al hasta hoy tan olvidado Abate Molina.

Parafraseando la aguda observación de nuestro sabio colega el botánico profesor Carlos Muñoz Pizarro, Molina ha estado bien lejos de recibir el homenaje que Suecia reitera *diariamente* a Linneo. En efecto, en los 136 años transcurridos desde su muerte, el Abate sólo ha sido objeto, en Chile, de tres homenajes seriamente organizados: primero, el que culminó, en 1861, con la inauguración de su estatua, a iniciativa de don Benjamín Vicuña Mackenna; en seguida, en 1929, la completa conmemoración del centenario de su fallecimiento, auspiciada por esta ilustre Academia Chilena de Ciencias Naturales; y ahora, las actuales festividades sesquicentenarias de su obra científica.

Y entre estas tres recordaciones, espaciadas casi cada medio siglo, sólo, olvido e ingratitud. En grado tal, que prácticamente hoy resulta un desconocido para las nuevas generaciones.



¡Hermosa, fascinante tarea, la de revivir la labor de un sabio como Molina! Poder compulsar, con emoción, los miles de páginas de sus manuscritos originales, afortunada y milagrosamente conservados por obra y gracia: primero, de dos chilenos que los rescataron para la patria desde el extranjero —los señores Benjamín Vicuña Mackenna y Matías Pizarro— y después, necesario y útil parece consignarlo, de don Guillermo Feliú Cruz, quien volvió a rescatar este valioso patrimonio cultural de Chile de la desorganización y el vandalismo, dentro de su incomprendida, pero no por ello menos trascendente tarea, de organización de los Servicios de Bibliotecas, Archivos y Museos nacionales.

Pero, por otra parte, extenuante y —¿por qué no decirlo francamente?— también desilusionante tarea, ésta la de querer conmemorar y revivir la obra del insigne científico chileno.

¡Voz de aquel que clama en el desierto!

Nuestra propia y única voz es la que, en muchos momentos, sólo oímos resonar, cuando no la de la apatía, la de la indolencia, la de la burla.

Y, a veces, hasta la de la más atrevida estulticia que, en este mismo año y ya en dos ocasiones, se ha permitido —haciendo alarde de confesada ignorancia científica— poner en irreverente tela de juicio los méritos del glorioso abate.



Hemos anunciado un tema inédito relativo al Abate Molina.

Lo hemos descubierto en su propio, en su completo, en su ordenado, en su emocionadamente modesto archivo de manuscritos. Para escribir el cual, la pobreza le obligó a echar mano de los papeles más absurdos, aprovechando para escribir hasta los respaldos de los sobres que recibía.

El tema parece —a primera vista, por lo desacostumbrado del mismo dentro de la obra moliniana— no coincidente con las ciencias naturales ni, por ende, con los estudios que interesan a esta docta Academia.

Es verdaderamente un tema inusitado.

Más todavía en Molina.

Pero tema que, bien examinado, hace mucha luz sobre su vida y personalidad.

Y, más allá de ello, confirma, una vez más, su carácter de verdadero y gran sabio.

Se trata de un diario de acontecimientos de política europea, durante los años 1809-1815. Con mayor exactitud, es un diario de la política o, más propiamente, de las guerras napoleónicas.

En efecto, en 1809 el Abate Molina comenzó a llevar un “diario”, en el que registró, de su puño y letra, generalmente en idioma italiano (sólo en ocasiones lo hizo en francés), los acontecimientos de la época.

Las citas de dicho diario, que hacemos a continuación, son rigurosamente textuales.

Lo inicia —al parecer como necesario prólogo de la tarea que piensa acometer— registrando cuatro hechos previos importantes:

Tratado de Presburgo concluido el 26 de diciembre de 1803.

Abolición del Imperio el 12 de julio de 1806.

Tratado de Tilsit 1807. Roma ocupada desde febrero de 1808.

Guerra entre Austria y Francia 1809.

Y anota, durante 1809, los cinco asuntos siguientes:

Mayo 12	Toma de Viena.
Julio 6	El Papa Pío VII mandado a Francia.
Julio 6	Batalla sangrienta de Wagram.
Octubre 14	Paz de Viena.
Diciembre 16	Disolución del matrimonio con Josefina.

En 1810 registra cuatro hechos:

Marzo 11	Matrimonio de María Luisa de Austria con Napoleón.
Abril 21	Matrimonio en Saint Cloud.
Julio 3	Abolición del Reino de Holanda.
Diciembre 10	Unión de las ciudades valonas al Imperio Francés.

En 1811 hay solamente un acontecimiento:

Marzo 20	Nace un hijo de Napoleón denominado Rey de Roma.
----------	--

En cambio, a partir de 1812, las anotaciones se multiplican y es así como en ese año registra los 14 hechos siguientes:

Enero 9	Rendición de Valencia en España.
Febrero 24	Tratado de alianza entre Napoleón y Prusia.
Marzo 14	Tratado de alianza entre Austria y Napoleón.
Mayo 9	Napoleón parte contra la Rusia con un ejército formidable. El 15 llega a Dresde donde sitió 2 años al Imperio de Austria y a otros soberanos.
Mayo 25	Paz entre Rusia y Turquía. Carlos IV Rey de España se retira a Roma.
Junio 20	El Papa en Fontaineblau.
Junio 23	El ejército francés pasa el Niemen.
Agosto 17	Toma de Smolensk.
Julio 22	Batalla de Salamanca. Ventaja de los españoles. El Rey José se fuga de Madrid.
Septiembre 7	Batalla de Borodino o Moskowa.
Septiembre 14	Ocupación de Moscú por los franceses.
Octubre 19	Retirada de Napoleón y franceses de Moscú.
Diciembre 18	Napoleón llega a París en la tarde.
Diciembre 30	El general York y Masenback, prusiano, se separaron de los franceses.

En 1813 sigue haciendo anotaciones con mayor intensidad. Son 16 los acontecimientos registrados:

Febrero	Los rusos entran pacíficamente en Berlín.
Marzo 16	Prusia se declara contra la Francia en favor de la Rusia.
Mayo 22	Batalla de Lutzen, indecisa toma de Dresde.
Mayo 20, 21 y 22	Batalla de Bautzen, indecisa. Decreto de Bonaparte en el Monumento de Montcenis.
Junio 19	Suspensión de hostilidades. Congreso de Paz inútil en Praga.
Agosto 12	El Austria se declara contra la Francia.
Agosto 17	Principian las hostilidades en Sajonia entre la Francia y los aliados.
Agosto 26 y 27	Gran batalla de Dresde. Muerte de Moreau.
Agosto 30	Derrota y prisión del general francés Vendôme. Preso Kulm en Boemia.
Septiembre 30	Preso De Casset y abolición del Reino de Westfalia.
Octubre 10	La Baviera se une a los aliados.
Octubre 13	Los austríacos ocupan Trieste.
Octubre 19	Batalla decisiva de Leipzig.
Noviembre 2	Napoleón llega a Maguncia después de su derrota.
Diciembre 19	Algunos cosacos pasaron el Rhin y tomaron en la tarde un cuerpo de prusianos, pasaron de nuevo el Rhin y tomaron por sorpresa la ciudad de Neus situada a la izquierda.
Diciembre 21	Los austro-rusos entran en Suiza y en número de 160.000 pasaron el Rhin, se esparcieron en el Franco-Condado y Alsacia. Los bávaros pasaron el río Rhin hoy 22 de diciembre.

En 1814 la frecuencia de anotaciones disminuye, anotando solamente 8 hechos:

Enero 19	Los ejércitos de Blücher, Langevon, Sacken y York entraron en Francia.
Enero 22	Los Emperadores Alejandro y Francisco arriban a Langres.
Febrero 19	Gran batalla, victoria de los aliados contra Bonaparte, preso Brienne.

Enero 11	Tratado de alianza entre el Emperador Francisco II y el Rey Joaquín de Nápoles, el cual entró en Roma el 24.
Febrero 14	El Papa llega a Savona.
Marzo 22	Fernando VII entra en España.
Noviembre 13	Progreso en Dalmacia, Rese di Spalabro, Di Zara, Lesina, Cattaro, Aredo, con la ayuda de los ingleses.
Diciembre	Nugent ocupó toda la Romagna.

En 1815 el ritmo de anotaciones prácticamente se mantiene, registrándose 9 anotaciones:

Febrero 26	Napoleón parte secretamente de la isla de Elba.
Febrero 28	Llega al Golfo de San Juan en Provenza y desembarca en marzo.
Marzo 19	El Rey Luis XVIII parte de París.
Marzo 20	Napoleón entra en París.
Abril 19	Joaquín se retira de Bolonia y se ha retirado hacia Casena entre el 22 y el 23.
Junio 18	Batalla decisiva en Waterloo, victoria de Wellington y Blücher contra Bonaparte en persona. Tomado Charleroi.
Julio 5	Los aliados ocupan París. Luis XVIII entra el 8.
Julio 17	Los dos Emperadores y el Rey de Prusia en París.
Julio 18	El Papa toma posesión de Bolonia y restaura su Estado.

A partir de 1815 el diario se suspende y, sólo en 1824, se anota lo siguiente:

Muertos: el rey Luis XVIII, Madame Luisa de Condé, el Duque de la Chavre, la Condesa Dejeon, el Duque de Brancas, con otros 11 pares de Francia, 5 miembros de la Cámara de los Comunes del parlamento, la Condesa de Sevre, Embajador en Nápoles, el Conde Bergon, el Carden...

¿Qué conclusiones cabría sacar de este diario?

A nuestro juicio varias y de bastante importancia.

Pero antes de insinuarlas, séanos permitido hacer dos digresiones:

Si dividimos los casi noventa años de vida de Molina en períodos característicos, nos encontramos:

1. Al final de sus primeros treinta años, con el joven seminarista chileno —extraordinariamente aficionado a las ciencias naturales, ávido de conocimientos— desarraigado de la patria y sin recursos, llevado por designio de los acontecimientos a Europa, centro de la cultura y ciencia de la época.

2. Transcurridos los veinte años siguientes, con el naturalista maduro quien, junto con ampliar en Europa su ciencia, ya había escrito tres magnas obras descriptivas de su patria que, editadas en 14 ediciones y 5 idiomas diferentes, dieron a conocer nuestro país en el extranjero, determinando trascendentes viajes americanos de hombres de ciencia de la talla de Humboldt y Darwin.

3. Después de los veinte años que siguen y terminan en 1810, con el profundo hombre de ciencia que había extendido su preparación a diversas ramas del conocimiento y elucubraba la magna concepción biológica evolucionista que había de dar a luz en 1815; y

4. En los últimos veinte años, hasta su muerte ocurrida en 1829, con el sabio reconocido, respetado por las principales Academias y Universidades europeas, que se honraron con llamarlo a formar parte de ellas. De un prestigio tan incommovible, que le permitió enfrentar, viviendo en el propio Estado Pontificio, a la misma Iglesia de que formaba parte como sacerdote, a la cual, con tenacidad y serenidad de sabio y valentía de chileno, demostró —tras seis largos años de lucha y persecución— que él tenía la razón científica y que de ella —lo que no se atrevió a sostener en su tiempo el propio Galileo— no lo habían de apartar.

La segunda digresión reviste la forma de una interrogante psicológica: ¿cuáles fueron los íntimos afectos del Abate Molina?

Desde luego y de ningún modo pudo sentirlos por España, que lo había desterrado y le impedía volver a su amada patria.

Tampoco pudo tenerlos, en el fondo de su alma, pese al cuarto voto jesuita, por un papado que se había mostrado reiteradamente cobarde: con un Clemente xiv presionado políticamente hasta disolver la Compañía de Jesús, con los débiles Pío vi y Pío vii claudicando, sin gloria alguna, ante Napoleón.

¿Quiénes detentaron, entonces, los afectos de Molina?

Un país, una ciudad y un hombre.

Chile, Bolonia y Napoleón.

Molina fue un patriota en grado excelso. Su gozosa alegría —manifestada en el seno de la propia Academia de Ciencias boloñesa— al comentar la requisición arbitraria y para él infamante que, en

calidad de supuesto "español ausente", le había hecho equivocadamente el gobierno patriota de la herencia por él recibida en medio de su vejez y pobreza, linda con los límites de la santidad:

"Qué determinación más bella la que han tomado las autoridades de la República. De ningún modo podían haber interpretado mejor mi voluntad que como lo han hecho, con tal que todo haya de ser en beneficio de la patria".

Frase que debiera esculpirse entre las más grandes de nuestra historia.

Pero —"facta non verba"— Molina fue hombre de grandes hechos, antes que de grandes frases.

Y aquí, en Chile, quedó el hecho asombroso: la donación íntegra de esa herencia —equivalente a unos 100.000 dólares— al Estado, para una fundación educacional, apenas ésta le fue devuelta y el error enmendado. Nada retiró para sí el anciano de más de 80 años. Su vida había estado plena de santa pobreza. En ella quería morir. La ciencia y la gloria constituían su verdadera fortuna.

Después de su primera patria, Molina tuvo una segunda: la "dota" ciudad "que enseña", la que luce en su escudo el más soberbio de los lemas: "Bononia docet". Ella le había discernido honor universitario y académico. Allí vivía rodeado de sus sabios colegas del Instituto Imperial y Real de Italia, de la Academia de Ciencias y del viejísimo Ateneo: la Universidad más antigua del orbe. Donde lo miraban y veneraban sus amados discípulos. Ciudad en la cual su propio busto estaba colocado en las salas de recibo de las casas principales.

Por último, dentro de su corazón, no podía sino venir "su" emperador. El que lo había pensionado regiamente, para hacer más llevadera su vejez y, sobre todo, para permitirle socorrer a los escasos pero ancianos y desvalidos hermanos jesuitas chilenos, que todavía vivían en Imola y otros pueblos italianos, abandonados a su suerte.

El que lo había reconocido y elevado. La genial águila guerrera, águila también del pensamiento, que en 1810 lo designó, junto con los 17 sabios más eminentes de la península, para integrar el "Cesareo e Reggìo Istituto de Scienze, Lettere ed Arti", el Instituto de Italia, homólogo del de Francia. Y quien, con este reconocimiento, desató la ola de honores universitarios y académicos que habían de culminar —lo que él nunca se atreviera a vislumbrar en vida— con

su estatua, póstumamente colocada en la Galería de Sabios de la Universidad de Bolonia, entre Copérnico y Galileo.

Era, además, "su" campeón. El que había hecho morder el polvo al español. Y quien, con ello, posibilitaba la independencia de su patria.

Esta es la primera conclusión que fluye netamente de la lectura del diario moliniano: el Abate Molina, naturalista nato fue, sin embargo, un decidido admirador —hasta donde la acepción del término puede ser aplicada a su objetivo carácter de hombre de ciencia— del Emperador Napoleón.

Como segunda conclusión, parece clara la categoría selectiva de las noticias que en este diario se registran. Se trata de hechos en su mayoría fundamentales, sin digresiones ni detalles locales. Ello parece mayormente destacable en un memorialista que no tenía ninguna afición ni especial preparación política y menos guerrera.

En tercer lugar, fluye de la redacción misma del diario (así como también de las diferentes tintas con que está escrito), la frescura de las informaciones, el carácter reciente de las diferentes noticias. No se trata, en ningún caso, de un diario escrito "a posteriori". Ello indica, claramente, la elevada posición que ocupaba el Abate en los altos círculos italianos y franceses, la que le aseguraba el acceso a las mejores fuentes informativas.

En cuarto y último lugar, cabe una conclusión de no menor interés: la moderación, desapasionamiento y objetividad digna del científico que era el Abate Molina. Registra hechos fundamentales de la historia —que en esos momentos "se estaba" haciendo en Europa— con sólo 737 palabras y fechas. Aun centrándose en el período intenso de anotaciones —1809 a 1815— computamos sólo 660 palabras y fechas, esto es, un promedio de una palabra cada cuatro días. No se puede pedir más parquedad.

Se habrá notado ya, durante la lectura del diario moliniano, la escasez de calificativos entusiastas. En efecto, dejando a un lado aquellos que obviamente derivan de partes militares: "gran batalla" (Dresde), batalla "decisiva" (Leipzig y Waterloo), batalla "sangrienta" (Wagram) y entrada "pacífica" (de los rusos a Berlín), sólo quedan en pie dos calificativos que revelan entusiasmo o desilusión propios del Abate: ejército "formidable" (el con que Napoleón invadió Rusia) y Congreso de Paz "inútil" (el de Praga).

Esta cuarta y última conclusión es, a nuestro juicio, su mejor retrato: un retrato vivo del Abate Molina. Él, solo. Él, viejo. Él, pobre. Así como nada lo deprime ni rebaja, tampoco nada —que no sea la

ciencia— le apasiona. Ni el triunfo. Ni la derrota. Sea de su gran protector. Sea de los que, no elegidos por él como tales, quisieron ser enemigos de su orden jesuita o de su patria chilena.

Él no se apasiona.

No puede apasionarse.

Ello no es propio de un sabio.

Y él fue, verdaderamente, un sabio.